



Luminar XXI

para otra gente

<http://luminar21.blogspot.com/2008/07/la-italia-mgica-i-el-ngel-bizantino.html>

viernes 25 de julio de 2008

LA ITALIA MÁGICA (I): EL ÁNGEL BIZANTINO



Es un misterio que **Cristina Campo**, una de las cimas de la literatura italiana del siglo XX, siga siendo una desconocida en España. Cuando se le recuerda es de manera periférica, por su amistad con **María Zambrano**, o como figura a la sombra de su pareja, **Elémire Zolla**, un orientalista brillante, que también ha sido injustamente olvidado. La

obra de **Cristina Campo** ni siquiera se ha traducido al español. Nos queda mucho por descubrir: una pasión desmesurada por la forma, que ella entendió siempre como una vocación superior – el estilo se confunde en su obra con el destino, la pureza, y el sacrificio-, una obra breve y maldita, un puñado poemas que rozan la perfección. **Cristina Campo** escribió sobre los cuentos de hadas y las fábulas, sobre el rito, sobre la rebeldía luciferina en un mundo consagrado a la fealdad. Su devoción por el ángel de oriente y el icono –combatió el Novus Ordo Missae en favor de la liturgia latina tradicional, y acabó aproximándose al **cristianismo oriental**- la acercan al cristianismo rebelde de su maestra, **Simone Weil**.

La editorial **Adelphi** ha publicado *Gli Imperdonabili*, que abarca prácticamente la totalidad de su obra. Para **Cristina Campo** son imperdonables aquellas personas que aún se atreven a buscar *“la perfección perdida en una época de progreso puramente horizontal, de masacre universal del símbolo, de crucifixión de la belleza”*, los hermosos vencidos, los malditos, oficiantes de un rito que parece estar a punto de desaparecer. Además de su talento para la poesía tiene el don del ensayista, la capacidad de encontrar

analogías y correspondencias. Para llegar a la idea de perfección –centro invisible de su obra- nos hablará de *Las mil y una noches*, de **Gottfried Benn**, de la belleza olvidada, o del destino. **Roberto Calasso** la incluye dentro de la hermandad de los imperdonables: *“ha llegado el momento de que los lectores se den cuenta de que en Italia, entre tanto promotor de su propia mediocridad, ha vivido también esta trapense de la perfección”*.



La soledad de **Cristina Campo** es insolente y monástica. En sus poemas y en su prosa hay siempre una distancia aristocrática, un desdén elegante que supo convertir en acero para batirse con los nuevos tiempos. **Cristina De Stefano** habla de este talante combativo en su biografía *Belinda y el monstruo: vida secreta de Cristina Campo*:



“El mundo que nació con la posguerra y el boom económico es para ella un planeta inhabitable donde los rostros, las costumbres y los usos agonizan en la homogeneidad, donde todo gesto es intercambiable y por tanto vacío de sentido. Un mundo donde se ha perdido para siempre la idea de destino, que para ella es esencial. Es profundamente antimoderna. Piensa que el mundo moderno es una impostura y el progreso –idea atea por excelencia, ha escrito Simone Weil- una mentira peligrosa. Se asoma a otros siglos, íntimamente insatisfecha con el suyo.”

Teniendo en cuenta estas inclinaciones no es de extrañar que la obra de **Simone Weil** le marcara profundamente. Con ella estableció una relación de filiación espiritual, un vínculo de pertenencia que se aprecia, por ejemplo, en sus impresiones sobre la atención:

“Verdaderamente todo error humano, poético, espiritual no es, en esencia, más que una forma de desatención.

Cuando se le pide a un hombre que no se distraiga nunca, que se sustraiga sin reposo al equívoco de la imaginación, a la pereza del hábito, a la hipnosis de la costumbre, cuando se le exige su capacidad de prestar atención, se le está pidiendo que actúe de la manera más alta. Se le pide algo próximo a la santidad en un tiempo que parece perseguir tan solo –con furia ciega y un éxito paralizador- el divorcio absoluto de la mente humana de su propia capacidad de atención.”

Si la obra de **Cristina Campo** ya era marginal durante la República de Saló no es difícil comprender su aislamiento en los años de posguerra. Se cumple, una vez más, la profecía fúnebre de **Michel Mourlet**: *“Dentro de poco la importancia de un libro se medirá únicamente por el silencio que lo rodea”*. No debe sorprendernos que el silencio que rodea la obra de **Cristina Campo** sea vasto e invencible: está a la altura de su genio. El juicio al respecto de la propia autora es sorprendente. Dijo una vez de sí misma, con *sprezzatura*, esa distancia olímpica que le caracteriza, y recurriendo a la tercera persona, que había *“escrito poco, y le gustaría haber escrito aún menos”*. En ese lema austero se expresa una vocación que cada día nos parece más extraña: la búsqueda de la perfección

